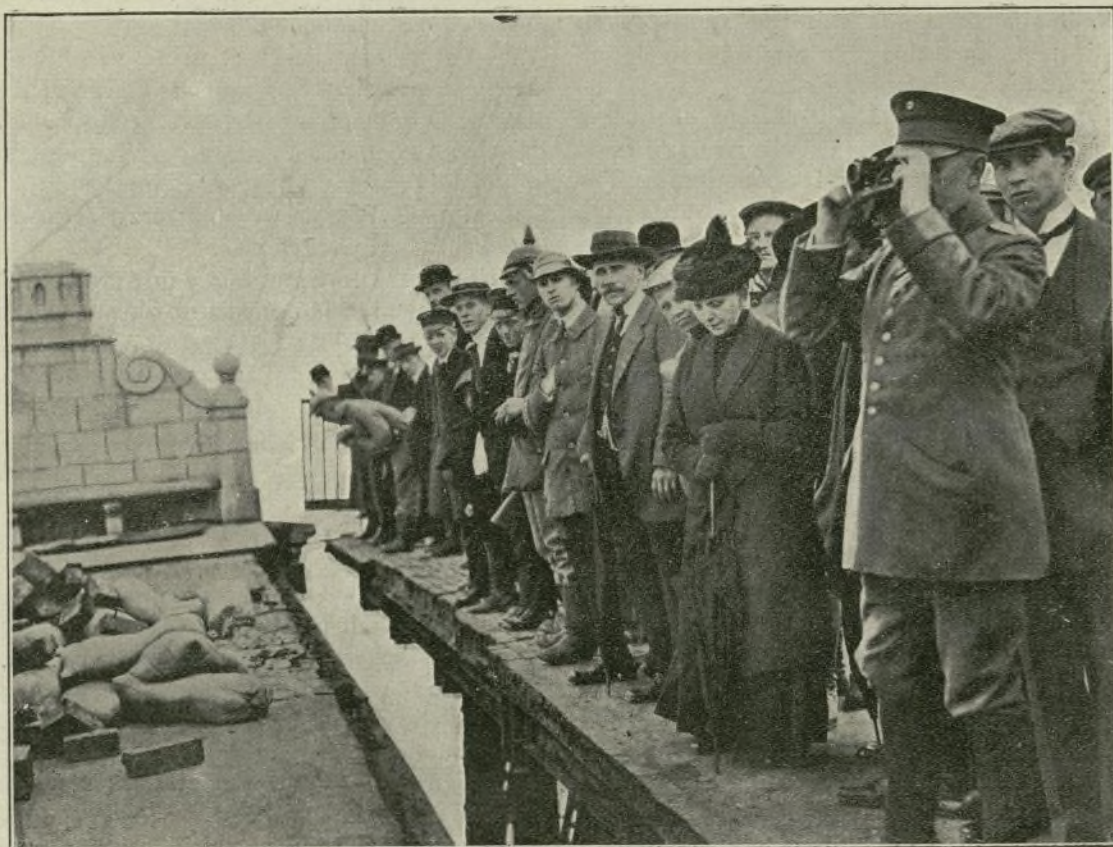


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 79 —BARCELONA 20 DE NOVIEMBRE DE 1915



Cortadura producida en uno de los puentes de Varsovia, al ser volado por los rusos

## EL "SISTEMA" DEL GRAN ESTADO MAYOR ALEMÁN

En la discusión que se promovió en el Parlamento británico, a últimos de octubre, sobre las deficiencias observadas en la dirección de la guerra, se sostuvieron las más encontradas opiniones, fundadas en imitar lo que se hace en Alemania. Al comentar la discusión, un periódico inglés hace notar, oportunamente, que ninguno de los que se referían al «método alemán» lo conocía bien, y lo interpretaba a su modo. El mismo periódico añade estos interesantes párrafos:

«El primer principio del sistema alemán es la exclusión, de hecho, de los políticos y administradores de la esfera de la iniciativa estratégica y operaciones militares. En la tarde del 29 de julio de 1914, telegrafíe desde Berlín que la actitud del mundo oficial alemán era tranquila en lo que se refería a la movilización rusa, pero que «el desarrollo de la opinión militar era difícil de saber». Esto es lo que deduje de una conversación con el secretario de Negocios extranjeros. No significaba que «el partido de la guerra»—frase vacía de sentido, tan grata a los políticos—hiciera presión, sino que las autoridades militares se mostraban impacientes por la prolongación de la crisis, e insistían en que convenía poner término a los estériles aplazamientos que detenían su labor. Unas pocas horas después, el Consejo

de Guerra reunido en Potsdam tomó la resolución trascendental. Había pasado la hora de los políticos, y comenzaba la del Gran Estado Mayor.

»Desde que se decretó la movilización, el Gobierno, según se sabía ya desde la paz, ocupó el segundo lugar. El Gran Estado Mayor vigilaba y dirigía la guerra. Su jefe no es responsable ante el canciller imperial, ni ante ningún elemento administrativo ni gubernamental: sólo es responsable ante el Emperador, directamente. En lugar de informar o aconsejar a los políticos o al Gobierno, el Gran Estado Mayor es el supremo organismo estratégico, y en vez de someter planes y propuestas a los políticos, a él van a parar todos los informes políticos y diplomáticos, y es el responsable de la coordinación de la política con la estrategia. Cuando el Gran Estado Mayor se trasladó a campaña, los Ministros se fueron con él; no envió emisarios a Berlín. Se recordará que el Canciller Imperial, el Ministro de Negocios Extranjeros y una nube de funcionarios, pasaron el primer período de la guerra en Luxemburgo. Si la guerra no se hubiera prolongado mucho más de lo que suponía el Gran Estado Mayor, los Ministros hubiesen, sin duda, permanecido allí hasta el fin.

»Su independencia práctica con respecto al Go-



bierno es uno de los rasgos cardinales del sistema del Gran Estado Mayor alemán; y nadie pretenderá que este sistema sea aplicado en un país constitucionalmente tan diferente y con métodos tan distintos, que ni siquiera estima necesaria la ley marcial en tiempo de guerra.

»El segundo rasgo distintivo del sistema alemán es que el Gran Estado Mayor se divide en dos partes al estallar la guerra, la más importante de las cuales dirige las operaciones en campaña, en el punto que resulte más conveniente.

»Cumplen ahora 100 años de la fecha en que el Estado Mayor se descompuso en dos partes: Estado Mayor de las tropas y Estado Mayor de Berlín. Todos los que han visitado Berlín recordarán el inmenso y feo edificio del Gran Estado Mayor, en el cual vivió y murió el gran Moltke. Si no recuerdo mal, fué construído en 1866, y nadie se ha atrevido o intentado modificarle. En la noche de la movilización alemana, tuve ocasión en compañía de un funcionario del ministerio de Negocios Extranjeros, de visitar al censor militar, de cuya personalidad o existencia casi nadie sabía una palatra. Recorrimos en toda su extensión el palacio del Estado Mayor, sin encontrar más novedades que el estar apagadas casi todas las luces y las oficinas punto menos que desiertas: el verdadero Estado Mayor había volado. Desde aquel momento, el Estado Mayor que quedó en Berlín sólo tuvo una importancia secundaria, y está ahora a cargo del general von Moltke, quien, a los pocos meses de guerra fué depuesto del mando del Gran Estado Mayor en campaña, y substituído por el entonces Ministro de la Guerra de Prusia, von Falkenhayn.

»Este detalle pone de manifiesto una tercera particularidad, esencial, del sistema alemán: el Gran Estado Mayor es del todo independiente del Ministerio de la Guerra, que sólo desempeña funciones administrativas. Cuando von Falkenhayn fué nombrado jefe del Gran Estado Mayor, le reemplazó en el Ministerio de la Guerra un cierto general Wild von Hohenborn, de quien nadie había oído hablar.

»No es oportuno discutir la maquinaria del Gran Estado Mayor; el principal punto es, como se ha dicho, «un organismo del cual parten las arterias que circulan por todo el cuerpo del ejército», y que ejecuta con independencia los planes que él mismo ha elaborado. Su jefe, responsable solamente al Emperador, es el centro del poder, sin que tenga nada de consejero ni de mecanismo informador».

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Finalidad de los zeppelines

(El señor B).—No me negará V., don Subrio, que los zeppelines han sido un fracaso.

—¿A quién se lo dice V.: a mí o a los habitantes de Londres?

(El señor B).—Ellos lo han dicho antes que yo, y V. lo reconocerá de buen grado.

—Hay que distinguir, señor B: una cosa son los londinenses que andan a tientas por las calles y saben cuán fragil es la vida y cuán deleznable las grandezas de este mundo, y otra cosa los periodistas,

que sabemos lo que escriben, pero no lo que piensan, y menos aún si tienen o no tienen miedo.

(El señor A).—Lo dice el sentido común: tantos viajes aéreos, y el número de muertos no ha llegado a un millar.

—¿Y el de edificios, muelles y almacenes destruídos o averiados?

(El señor B).—¿Qué batalla se ha ganado con esa labor odiosa, puramente negativa?

—Por ventura ¿creía V. que los zeppelines estaban destinados a ganar batallas, o a llevar ejércitos de desembarco, o apresar ingleses y transportarlos por los aires a Alemania? ¿Esperaba V. que echaran a pique a Inglaterra y Escocia, hundiendo a la isla bajo el mar? ¿Pensaba V. que cazarían con lazo a Asquith, Grey y Kitchener?

(El señor A).—Entre esto y no servir para nada, como no han servido, media un abismo; no hay que exagerar, don Subrio.

—Muy bien dicho. Para que un artefacto o instrumento de guerra fracase, es menester que con él no se logre el objeto a que estaba destinado. ¿Está V. conforme?

(El señor A).—Sí, señor.

—Según esto, veamos cuál era la finalidad de los zeppelines. V. ¿qué opina?

(El señor A).—Que no tenían ninguna.

—Luego, si han destruído centenares de casas, encendido la alarma en el país, y enseñado a los ingleses qué cosa son los proyectiles de guerra que tenían olvidados hace cuatro siglos, han realizado hazañas inauditas.

(El señor B).—Pero ¿qué ventajas han obtenido los alemanes?

—Las inherentes al perjuicio causado a sus adversarios; lo que daña al enemigo beneficia al país propio. No ignorará V. que en el Parlamento de Londres se ha hablado más de la protección contra los ataques aéreos, que de la famosa escuadra. Y como los ingleses son gentes prácticas, que no se ocupan en lo que no les interesa, deduzca V. la consecuencia.

(El señor A).—Me parece un sueño lo que escucho. ¡Por Dios, don Subrio! ¡Crear que la intervención de los zeppelines apresurará el término de la guerra!

—Cada viaje aéreo a Inglaterra equivale a una sangría; es doloroso el derramamiento de sangre, pero al mismo tiempo se aflojan los cordones de la bolsa británica: reconstrucción de edificios, indemnizaciones, reparación de desperfectos... Es verdad que algo economizan de alumbrado, pero eso también es una ventaja para los alemanes.

(El señor A).—No acierto a entenderla.

—Londres y París se han hecho *obscurantistas*; la libertad a ciegas, el derecho a obscuras y la justicia en las tinieblas, salen bastante mal paradas; menos mal que la democracia en las noches sin luna gana mucho, porque todos parecen iguales; pero las bombas de los zeppelines iluminan el cuadro, no alumbrado por las tabernas, bars y restaurants.

(El señor B).—¿Va V. a soltarse otra vez, don Subrio? Habla V. más que un sacamuelas; parece que le dan cuerda.

—¿No sabe V. que los alemanes están muy tristes, mustios, sin despegar los labios? Para disimular



mi aflicción doy rienda suelta a la lengua. ¿Lo censurará V., cuando no hago más que imitar a sus amigos?

(El señor B).—Que no hablan en vano, sino con su cuenta y razón.

—Pregúntele V. a los serbios. Mes y medio de discutir la expedición a Salónica, y todo ha quedado en el verbo consabido: tú, Francia, vas; tú Rusia, irás; usted, apreciable Italia, debe ir; yo me organizo; y los serbios que esperen sentados en las montañas de Montenegro, a donde los irán a buscar los zeppelines alemanes, porque los montenegrinos, prosiguiendo su irresistible ofensiva, pronto llegarán a las costas de Dalmacia. ¡Quién había de creer tales proezas de los que tuvieron un cañón, como Barba Azul!

(El señor A).—¿Qué dice V., don Subrio?

—Hace casi tres años que los montenegrinos tenían un cañón, un gran cañón, que de vez en vez disparaba contra Skútari, sin llegar a interrumpir las digestiones del buen Essad Bajá; cuando éste se cansó de no recibir noticias de la familia, se marchó con su ejército, y al día siguiente los montenegrinos tomaron la plaza por asalto. Con añadir que los serbios, hombres verdaderamente aguerridos, no quisieron tomar parte en aquella comedia... ¡Qué lástima que los austriacos no tengan otro Essad Bajá! ¡Asusta pensar en lo que tomarían por asalto los montenegrinos! ¡Bien hacen los zeppelines no navegando por aquellas atmósferas!

(El señor B).—No obra V. bien, don Subrio, moñándose de los montenegrinos.

—¿Con qué derecho se burlan ellos de nosotros? ¿Con permiso de quién ganan tremendas batallas y cuentan los muertos, fallecidos a sus manos? ¿Dónde guardarán los millares de prisioneros que hacen? Si no se reportan, pronto les hará una visita un personaje célebre.

(El señor A).—¿Quién?

—El maestro Franz Lehar.

(El señor B).—Que está componiendo marchas fúnebres y melodías tristes.

—¿Cómo quiere V. que no haya desaparecido su buen humor, si hace seis meses que no ve al hombre más divertido de la literatura? ¿Por qué los italianos no habrán facturado a D'Annunzio con rumbo a Grecia y Rumanía? Es la única esperanza que queda a los aliados: una soflama del poeta.

(El señor B).—Pero ¿nos ocupamos o no en los zeppelines, don Subrio?

—¿Tiene V. que añadir algo más sobre ellos?

(El señor A).—Insistir en su inutilidad.

—Cuénteselo V. a los administradores de algunos propietarios, y yo, si V. me lo permite, le contaré a V. un cuento. ¿Le conviene?

(El señor A).—¡Con mil amores!

—Pues, señor, una vez apostaron un cachalote que estaba fondeado en medio del mar, y un avestruz, que vivía tierra adentro, quién podría más de los dos. El cachalote movió furiosamente las aletas y la cola, despertó un fortísimo oleaje, y los pocos peces amigos del avestruz tuvieron que buscar refugio en la orilla. Entonces, el avestruz pidió prestadas las alas a un águila y se puso de acuerdo con unas lombrices venenosas, que tenían la propiedad de navegar a gran profundidad. Se había congregado

una multitud de curiosos, con deseos de presenciar aquel duelo singular, y los más apostaban por el cachalote, que no carecía de amigos officiosos, aunque incautos, que se propusieron arrebatar el nido del avestruz. Éste destacó las lombrices, que pronto hicieron sangrar la panza del cachalote; pero como los espectadores no veían estos ataques, cada vez era más grande su entusiasmo por el cetáceo; después les tocó el turno a las alas del ave de rapiña, que se cernía majestuosamente en los aires, y arrojaba unas diabólicas máquinas contra los lomos del cachalote, en cuyas blandas y carnosas masas se hundían. ¡Bravo! gritaban los curiosos; ¡el cachalote es invulnerable! ¡Ha fracasado la mezcla de avestruz y águila! El pobre cetáceo ponía a mal tiempo buena cara; perdía fuerzas por momentos, pero, como tenía tanta grasa, seguía a flote; un hilo de sangre espesa, muy substanciosa, de un cierto color dorado, se extendió a lo lejos, por el mar, despertando la atención de uno de los espectadores, que, abandonando a sus abortos compañeros, la fué recogiendo cuidadosamente y no tardó en ser el hombre más poderoso de la tierra; a la postre, el cachalote quedó hueco, vacío, los amigos le arrancaron a tiras el pellejo; y en cuanto al águila-avestruz, con tantos viajes se le acabaron las fuerzas y le cayeron las plumas: no le restaron más que las garras y el pico.

(El señor B).—¡Cuánto se debieron de alegrar los espectadores y los auxiliares de los dos rivales!

—Triste fué su suerte: embobados con la lucha, los espectadores no advirtieron que subía la marea y naufragaron; el destino fué aún más adverso a los auxiliares: el cetáceo y el pajarraco tuvieron que echar mano de lo que tenían más cerca, para reparar sus agotadas fuerzas, y... ya lo saben ustedes, el pez grande se come al chico.

(El señor A).—Todo esto me parecería bien, si viese la relación entre el cuento y los zeppelines. Comienza V. con una cosa y termina con otra.

—Va V. a comprenderlo. Los zeppelines no existen, son una figura retórica, sin realidad ninguna. ¿Está V. ahora contento?

(El señor A).—¡Es V. un fresco, don Subrio!

—Quiero significar que, como armas de guerra, son una ilusión, una fantasía. Su única finalidad es la de obligar a los ingleses a mirar a lo alto; de este modo, consiguen que los buenos britanos se arrepientan y hagan penitencia, y aprovechando el éxtasis y la distracción de los isleños, a quienes la contemplación de las alturas produce deliquios y desvaríos, les birlan las buenas tajadas, hállese en los Balkanes o en Asia. El espectáculo sorprendente de los zeppelines ha despertado en los ingleses una locuacidad desconocida, y les ha hecho olvidar las cosas del otro mundo...

(El señor B).—De éste, querrá V. decir, don Subrio...

—¡No, no! Del otro, del Nuevo; ¿dónde se hallan los Estados Unidos sino en el Nuevo?

(El señor A).—Pues diga V. que los zeppelines van a favorecer a los norteamericanos, y no a los alemanes.

—También a los yankees, sí señor; pero no me ha dejado V. terminar la frase. Iba a añadir: y les tiene con la boca abierta. ¿Habré de completar el pensamiento? Por la boca muere el pez, y si en boca



cerrada no entran moscas, ¿qué entrará en la abierta? (El señor B).—El diablo que le entienda, don Subrio, a V. y a sus filosofías.

—Más claro, agua del canal de Suez o del canal de la Mancha o del canal de Chipre, porque Inglaterra ha abierto al mundo en canales. Dígame V. si el caso es difícil: un pez gordo, asomado fuera del agua, con la boca abierta y un pescador encima ¿qué es lo que está pidiendo?

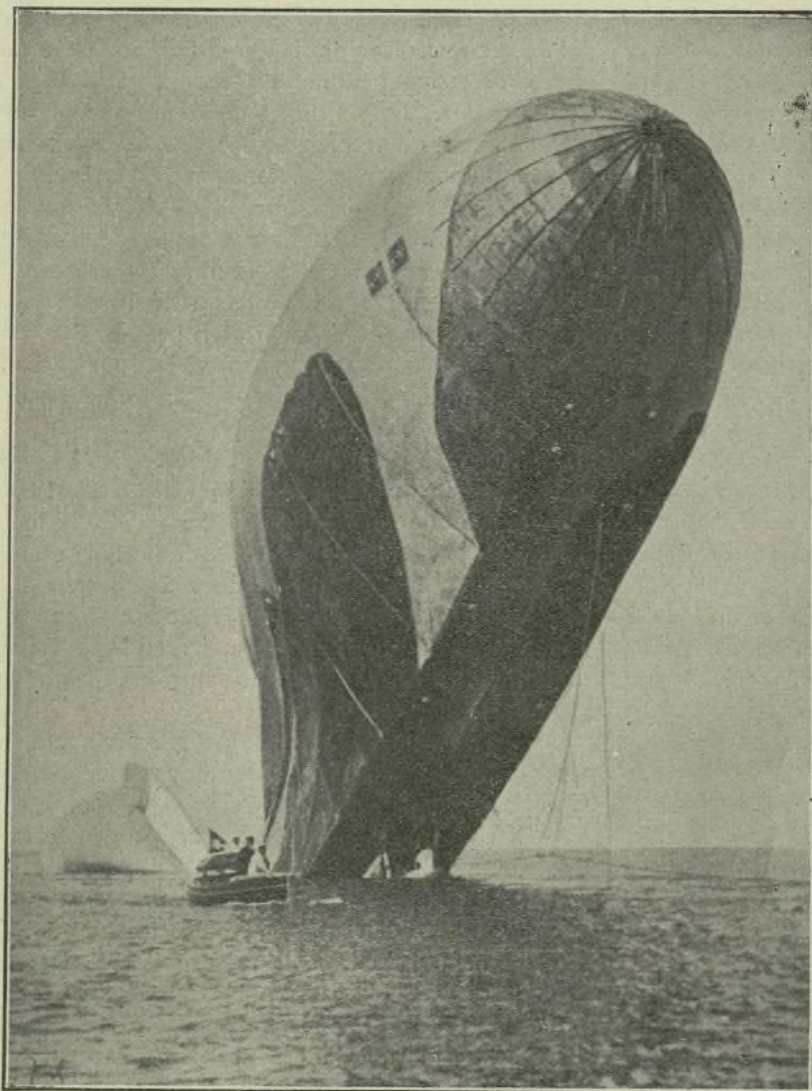
(El señor A).—¡Un anzuelo!

—¡Tu dixisti! hombre agudo y sagaz. No otra cosa se propone Alemania con los zeppelines: arrojar

Litzmann que mandaban los cuerpos del ala derecha, procediesen muy de acuerdo. Dadas las brillantes condiciones de estos cuatro jefes no podía dudarse de su acierto y de que no cometerían faltas contra el plan de operaciones, pero era necesario para ello que estuviesen enterados no ya al día, sino a la hora de los sucesos en sus propios ejércitos y de los que se desarrollaban en los demás y en todo el gigantesco frente. El servicio de informaciones había de someter al alto mando y a los Estados Mayores a las más duras pruebas y a su vez las tropas se habían de ver sometidas probablemente a penalidades y fatigas, privaciones y peligros como esta misma guerra no los había ofrecido hasta entonces. Les esperaban largas marchas a través de la nieve y con frío horrible, por caminos impracticables y en parte destruidos, por terreno desierto y devastado. Hubo que proteger a la tropa contra todas estas circunstancias adversas; se le dieron ropas de pieles y lana, mantas de mucho abrigo; se prepararon abundantes municiones y subsistencias para varias semanas; los carruajes se transformaron en trineos por el sistema que hace muchos años se emplea en las montañas de Turingia y que consiste en aplicar a las ruedas unas varas o patines desmontables que permiten convertir al trineo nuevamente en carro.

Donde había nieve se empleaban las varas, cuando desaparecía se quitaban en muy poco tiempo y los carros seguían sobre sus ruedas; así se tomaron precauciones contra cuantas dificultades pudieran presentarse. Pero una circunstancia había que daba a esta formidable empresa un carácter sumamente arriesgado. Los elementos que formaban nuestras tropas no eran homogéneos; en su mayor parte se trataba de unidades nuevas compuestas de jóvenes voluntarios o de reservistas (ambas alas)

o de veteranos de la Landwehr y del Landsturm (centro); las unidades activas de que se disponía eran pocas. Constituye para Hindenburg un verdadero timbre de gloria el que se decidiera a reñir esta batalla y la terminase con un éxito tan brillante a pesar de la gigantesca extensión del frente, a pesar de las circunstancias referidas y a pesar de los rigores del tiempo. Los movimientos empezaron en cuanto terminó el despliegue: ya el 7 de febrero Litzmann y Falk emprendieron el avance y atravesaron el bosque de Yohannisburg. Encontraron escasa resistencia, sorprendidas las avanzadas rusas abandonaron sus trincheras después de breve combate y se replegaron sobre sus gruesos que estaban situados en el Pisseck



El dirigible italiano «Citta di Lesi», destruido el 5 de agosto cerca de Pola

el anzuelo, sujetar el gaznate, y amputar las aletas y la cola. ¿Lo conseguirá? Desde luego no será por la Navidad, pero podrá serlo por la Pascua.

SUBRIO ESCÁPULA

## HINDENBURG

### SU BATALLA DE INVIERNO EN MASURIA

7 al 15 de febrero de 1915

(Continuación)

Con todos estos antecedentes se comprende que para conseguir un éxito completo, era indispensable que Eichhorn y Below así como los generales Falk y



y detrás del río. Los rusos aquí en el Sur tenían poco más de una división: una brigada ocupaba Yohannisburg, los pasos del Pisseck en Wrobeln y Gehsen estaban guarnecidos por pocas fuerzas; el resto se encontraba en Bialla.

El cuerpo de Litzmann avanzó en dos columnas, la del Norte sobre Wrobeln, la del Sur sobre Gehsen. Después de una marcha larga y penosa, pues durante todo el día nevó sin cesar, llegó la primera en la noche del mismo 7 de febrero a la orilla derecha del Pisseck, forzó el paso en un combate nocturno y cogió 300 prisioneros. La otra columna marchando al Sur llegó el 7 hasta cerca de Wondolleck y siguió en la madrugada del 8 su marcha sobre Gehsen. Estaban ya pasando a la orilla izquierda del río las cabezas de las columnas cuando fuerzas rusas de escasa importancia emprendieron en el Sur, en la región de Kolno, un ataque de flanco. Se hizo el cambio de frente necesario, conteniendo por de pronto al enemigo y batiéndole enseguida después de breve combate. Precipitadamente se retiraron los rusos perdiendo 500 prisioneros, 5 cañones y 2 ametralladoras así como numerosos carruajes y mucho material de guerra. El paso del río quedó terminado; los regimientos de Litzmann habían cumplido brillantemente la primera parte de su tarea, recorriendo 40 kilómetros en un solo día y en las peores condiciones de temperatura y de caminos, rechazando con calma y sangre fría el ataque de flanco con que nos sorprendió el enemigo y batiéndose con bravura extraordinaria cuando atacaron ellos.

El cuerpo de Falk avanzó el día 7 en varias fracciones contra Yohannisburg y en la noche llegó a la inmediación de la ciudad. Su grupo principal que marchaba por la carretera de Rudzanny tropezó con el enemigo en Snopken y tomó este pueblo que ocupaban algunas compañías rusas, haciendo prisioneros a dos oficiales y 450 hombres con dos ametralladoras, es decir a la mayor parte de la guarnición. El 8 de febrero emprendió Falk el asalto de Yohannisburg por las tres carreteras que conducen a la ciudad por el Norte, Este y Sudeste. La empresa fué también coronada por el éxito; el botín consistió en 2.500 prisioneros, 8 cañones y 12 ametralladoras.

Una pequeña parte de la guarnición consiguió huir hasta Bialla donde se entraba el resto de la 57.<sup>a</sup> división rusa; el día 9 fué arrojada de allí. El 7 de febrero quedaron concentradas y dispuestas en la región al S. O. de Tilsit las fuerzas llamadas a operar en el N. con el general von Eichhorn. El ala derecha rusa desde el O. de Pillskallen se dirigía pasando por Spullen al saliente occidental del bosque de Schorell. Seguía luego entre este bosque y el de Uszbull pasando por Lasdehnen hasta cerca de la frontera en dirección general al N. E. y resultaba arqueada hacia atrás. Fuertemente preparada la posición contaba en especial con alambradas. Las localidades en el frente estaban fortificadas, pero el gran pantano de Koenigshuld que delante de ella se extiende, no constituía un obstáculo grave porque estaba helado y casi en todas partes lo po-

dían atravesar la infantería y los carruajes ligeros.

El ataque a esta posición había de darse el 9 de febrero, pero el avance iniciado el día 8 llevó gran parte de la Infantería hasta la inmediación de las líneas enemigas. Los rusos que por su exploración tuvieron noticia de que se les acercaban fuerzas alemanas superiores procuraron evitar el golpe retirándose. Si esto se les hubiese consentido, es fácil que sin grandes sacrificios hubiésemos tomado la posición, pero en ese caso los rusos se hubiesen marchado hacia el N. o N. E. poniendo en peligro los flancos y la retaguardia de los alemanes cuan-



General de artillería von Scholtz, uno de los generales más eminentes del ejército del mariscal Hindenburg

do éstos avanzaran. De ceder el enemigo hacia el S. E. entonces no ofrecía peligro, pero probablemente escaparía de ser aniquilado con todo su material de guerra. Había, pues, que sujetarlo a toda costa, arrojándolo luego hacia el S. E. si se quería impedir que se escapara comprometiendo con ello el éxito de toda la empresa. En manera alguna se podía dejar a los rusos que nos tomaran una delantera de doce horas. Por ese motivo los jefes de las fracciones más avanzadas decidieron en la tarde del 8 atacar inmediatamente aun cuando disponían de poca artillería y ametralladoras. Se prescindió en términos generales de la preparación del ataque por la artillería y en rápido asalto fueron los rusos arrojados de sus trincheras avanzadas y poco después de la posición que ocupaban detrás de las mismas. En



la noche del 8 quedó en nuestro poder la línea Henskischken-Spullen-Lasdehnen y el enemigo en retirada hacia el S. E. La oportunidad del ataque y el movimiento envolvente por el N. impusieron a los rusos la línea de retirada que deseaba el alto mando alemán.

Después de esto era preciso empujar sin descanso al enemigo para no dejarle recobrar aliento y que renunciase a toda resistencia seria. Había que cortar sus líneas de retirada hacia el E., desbordarle por ese flanco y envolverle. Desde las posiciones rusas ocupadas emprendió el general Eichhorn el día 9 el movimiento envolvente en tres grupos principales: el ala izquierda contra la línea Wilkowischki Mariampol. El centro contra Kibarty-Wirballen, el ala derecha sobre Stallupoenen. El día 10 se tomaron Pillkallen-Schirwindt y Wladislawow y el 11 llegamos en cinco puntos a la línea principal de retirada de los rusos hacia el E. (con ferrocarril) que desde Gumbinnen conduce a Kowno pasando por Wilkowischki y Mariampol. Quedaron en poder de los alemanes Stallupoenen, Eydkunen, Wirballen, Kibarty y Wilkowischki; el botín consistió en 16.000 prisioneros, 10 cañones, 12 ametralladoras, muchos carros de municiones y equipajes, tres trenes militares, inmenso material de guerra y una cantidad considerable de provisiones.

En estas marchas de persecución nuestras tropas tuvieron que sufrir penalidades y fatigas indescribibles. Dificultaban el avance denso temporal de nieves, frío riguroso y violento huracán. Los trineos se atascaban, los automóviles quedaban detenidos y los cañones avanzaban con ayuda de los sirvientes y de la infantería, se agotaban las fuerzas del ganado de tiro y los caballos quedaban extenuados en el camino. Pero nada podía detener el avance: aquí tenían todo su valor las palabras de Blucher: «Cuando se persigue un objetivo tan grande como la destrucción de todo un ejército enemigo, bien puede el Estado perder unos centenares de caballos que mueran de fatiga»....

La persecución continuó sin descanso: en el ala izquierda llegó la caballería hasta Pilwischki, voló el puente del ferrocarril sobre el Szesuppe y así cortó a los rusos su última línea de retirada y de acceso. El general Eichhorn ocupó el día 12 Wizayni, Kalwarija y Mariampol, en los días 10 y 11 Litzmann avanzó por Grajewo desde el S. E. hasta el Sur de Augustowo y quedó ya solamente a 70 kilómetros de las avanzadas de Eichhorn. El día 12, los rusos que se retiraban del Angerapp y Lötzen, no habían llegado con sus vanguardias más que hasta el O. E. de Suwalki y no les quedaba libre más línea de retirada que la carretera de Seyny, para llegar a la cual tenían que recorrer 45 kilómetros, mientras que a Eichhorn solamente les separaban 35 kilómetros de ella. Donde aún quedaban fuerzas enemigas de consideración era en Lyck.

Se había llegado a la decisión estratégica, e Hindenburg había triunfado.

(Concluirá)

## CÓMO SE PERDIÓ EL "MAJESTIC"

El hundimiento del *Triumph*, el 25 de mayo, planteó un grave y árduo problema al Almirante en jefe. En tanto hubiera un submarino en aquellos mares, no debían dejarse a los acorazados expuestos cerca de la costa, y, al mismo tiempo, había de atenderse a las necesidades del ejército y prestarle el auxilio artillero que el General creyera conveniente. Sin pérdida de tiempo, todos los destroyers disponibles se lanzaron en busca del enemigo.

En las primeras horas de la tarde se recibieron noticias de que se acercaba un submarino. A las tres y media se resolvió que el *Swiftsure* se dirigiera a la protegida bahía de Mudros, y el almirante trasladó su insignia al *Majestic*, de 20 años, que fué el único acorazado dejado delante del cabo Helles. El *Swiftsure* no tardó en desaparecer a toda velocidad, llegando sin novedad a su destino.

El almirante me llevó consigo a su nuevo barco insignia, el más viejo de los Dardanelos. Su reputación hacía tiempo que se había extinguido, y mucho antes de comenzar la presente guerra estaba de hecho en segunda situación. La necesidad, sin embargo, obliga a prescindir de la edad. Cuando se decidió la expedición a los Dardanelos, se puso al *Majestic* en estado de servicio y una dotación, compuesta en su mayoría de viejos reservistas, subió a bordo, mientras los más de los oficiales eran sacados de la real reserva naval. Ya en el Mediterráneo, cumplió muy bien su misión.

Aquella tarde, nuestros destroyers sostuvieron una incesante caza contra el enemigo; más de una vez se vió a los submarinos bajo el agua, aunque a demasiada profundidad, y a las cuatro y cuarenta desaparecieron. Durante todo el día, el viejo *Majestic* permaneció impávido en su puesto, pero a las ocho de la noche se nos dijo que no debía anclar delante del cabo Helles, sino ir a abrigarse en cierto paraje, cuyo nombre no hace al caso.

Escortado por cuatro destroyers, cruzó a toda velocidad por el mar iluminado por los rayos lunares. Jamás navegó tan bien, ni el día de sus pruebas.

Al siguiente día, último de su existencia, el *Majestic* volvió a su puesto del cabo Helles. Yo no creía que aquel día salieran los submarinos, pero todos a bordo tenían la impresión de que nuestra seguridad era muy precaria. Aquella tarde, 26 de mayo, no retrocedimos a un puerto de refugio, sino que nos acercamos a la costa, frente a la boca de W, de modo que, en lugar de ponernos fuera de las líneas de transportes, anclamos dentro, en una posición extremadamente difícil de encontrar por un submarino.

Ahora, que voy a describir las últimas horas del viejo *Majestic*, me limitaré a referir lo que vi yo mismo. Aunque entramos dentro de la línea de transportes, me parecía que el fin podía llegar en el momento menos esperado. Por este motivo, dormí sobre cubierta, con la resolución de lanzarme al agua, si el barco era torpedeado, y ponerme a nadar con fuerza y alejarme, antes de que el acorazado diera la vuelta y se hundiera en el abismo.

Aquella noche permanecimos más rato que de costumbre en el cuerpo de guardia. Por fin, me fuí



a mi camarote y me desnudé. La noche era hermosa, brillante y clara, y el mar estaba tranquilo como un lago. Me dirigí al puente de popa, cabalmente encima de la torre de popa, donde habían puesto mi cama, me tendí en ella, y quedé profundamente dormido.

A las seis y cuarenta de la mañana, me despertaron las carreras de algunos hombres, que llegaron a tropezar contra mi lecho. Esto me alarmó y pregunté: ¿Qué ocurre?—Una voz replicó: Viene un torpedo. Apenas tuve tiempo de ponerme en pie, cuando sobrevino una fuerte explosión, a unos cinco metros delante del puente de proa, por el lado de babor. La explosión debió tener lugar a mucha profundidad, porque no se sintió la conmoción en los puentes. El viejo *Majestic* inmediatamente se inclinó hacia babor, mostrando casi toda la banda. Se oyó entonces un ruido como si la vajilla de todas las despensas del mundo hubiera caído al suelo a la vez. Jamás he oído cosa parecida, y es que se desquiciaba todo el contenido del barco. No había duda que el acorazado estaba mortalmente herido, y yo comprendía intuitivamente que se iba a pique.

Aunque yo estaba preparado hacía días para esta eventualidad, al convertirse en realidad sufrí una gran impresión. Me incliné para coger el salvavidas, y con gran disgusto reconocí que no estaba inflado. Así, la primera parte de mi plan: no arrojarme al agua sin un buen cinturón salvavidas, fracasó; no quise perder tiempo, sino lanzarme al agua, porque el barco se inclinaba cada vez más y parecía que iba a dar la vuelta de campana de un momento a otro. Fui empujado escalera abajo por el tropel de marineros, y desde allí me abrí paso hasta la cubierta, que estaba llena de hombres, casi todos desnudos, muchos de ellos con salvavidas, y se iban lanzando al agua. Poco después de la explosión, una nube de humo negro invadió el barco y penetró en mis ojos y garganta, de modo que durante este tiempo me moví como si estuviera en una semiobscuridad. Me asomé a la borda y ví que allí no había redes contra los torpedos, por lo que subí a la borda, con el propósito de deslizarme hasta el agua y ponerme a nadar.

Pero de nuevo mi programa fué alterado por sucesos imprevistos, porque apenas hube puesto mis piernas sobre la borda, recibí un empujón y fui lanzado al vacío, cayendo con fuerte impulso sobre las redes plegadas, que me depidieron y caí al mar, sumergiéndome en el agua. Volví a la superficie, conservando aún mi inútil salvavidas, y, como el agua despejara mi vista, eché una ojeada a mi alrededor. El mar estaba henchido de hombres, que nadaban y daban voces de auxilio. A pocos metros de mí, vi un bote, hacia el cual se dirigían todos los nadadores. Estaba repleto de hombres, y otros varios se habían agarrado a las bordas. Nadé también hacia él, mezclado con los demás, y conseguí asir firmemente la borda con ambas manos, pero me fué imposible subir a bordo. El *Majestic* distaba muy pocos metros. Es una faena poco agradable estar pendiente de las dos manos y tener las piernas en el agua, por lo que pensé si no sería mejor soltarme y echarme a nadar, cuando mi pie derecho tropezó con algo extraño y quedó cogido como en un cepo: era una pequeña hendidura de la quilla, que facilita mante-

nerse a flote si el bote da la vuelta. Esto alivió mi situación y me sentí mejor. Un minuto después, o tal vez menos, un marinero se inclinó sobre la borda, me cogió por los hombros y me subió al bote, destrozándome la poca piel de mis brazos y piernas que había quedado intacta después de mi caída al agua. Sin embargo, quedé encantado de mi buena suerte, al verme dentro del bote. Este no podía contener un hombre más; habían habitualmente 30 personas, y se habían metido 94.

El *Majestic* ofrecía un espectáculo extraordinario. Estaba tan inclinado sobre la banda, que era imposible mantenerse de pie en la cubierta. Casi un tercio de la tripulación se encontraba aún a bordo, como si temieran lanzarse al agua. Todo el mar, alrededor del barco, estaba lleno de hombres que nadaban hacia los demás buques, aunque no pocos parecían limitar sus esfuerzos a mantenerse a flote. Los barcos inmediatos botaban lanchas al agua, muchas de ellas de vapor, y recogían a los náufragos, aunque no se acercaban al *Majestic* por temor de ser arrastrados por el remolino final. Estaba pensando en la magnífica fotografía que podría obtenerse de esta escena, cuando oí una voz que gritaba: «Si no largais aquel cable, vais a sumergiros». Me dijeron que fué el capitán Talbot, que estaba aún en el puente, quien, viendo el peligro que nos amenazaba, nos dió la advertencia a tiempo. Porque, a causa de la general confusión, nadie se había fijado en que nuestro bote estaba sujeto por un cable al botalón de torpedos. El bote pertenecía al *Majestic* y había estado toda la noche en el agua.

La advertencia causó grande excitación a bordo, y muchos, para escapar del inminente desastre, prefirieron arrojar al mar, y saltaron por la borda, llevando remos en las manos. Yo vacilaba entre hacer lo mismo o no, cuando desde la proa consiguieron cortar o soltar el cable, y nos vimos libres. Pocos segundos después, el *Majestic* se acostó sobre babor y se hundió, mostrando la quilla, como una enorme piedra, sin otro aviso. Sobrevino un extraño ruido, mezcla de agua y de vapor, el casco pintado de verde apareció un momento, y el viejo barco insignia desapareció para siempre, excepto un pequeño pedazo de su espolón, porque las bordas se apoyaron en un bajo fondo, de arena. En el momento de inclinarse y hundirse, un marinero corrió a lo largo de toda la quilla y finalmente se sentó en el espolón, de donde lo recogieron sin la menor contusión.

La inmersión final fué presenciada por millares de soldados desde la playa, y por millares de hombres en los barcos. Fué un espectáculo inolvidable. En el instante de irse a pique el *Majestic*, el capitán Talbot corrió a salvar o destruir el código reservado de señales, y una vez realizada esta labor fué lanzado al agua por el barco al hundirse, pero se le pudo recoger en un bote. Ya en él, viendo a dos de sus hombres en peligro de ahogarse, se echó al mar y los salvó a los dos. Por fortuna, todos los oficiales se salvaron, incluso el almirante sir Stewart Nicholson. A mí me llevaron a bordo de un barco francés, junto con los 90 sobrevivientes del bote, y nuestros bondadosos aliados nos dieron ropas secas y nos sirvieron café y ron. Por una gracia especial de la Providencia, tanto en el caso del *Triumph* como en el del *Majestic*, los pañoles de municiones no estalla-





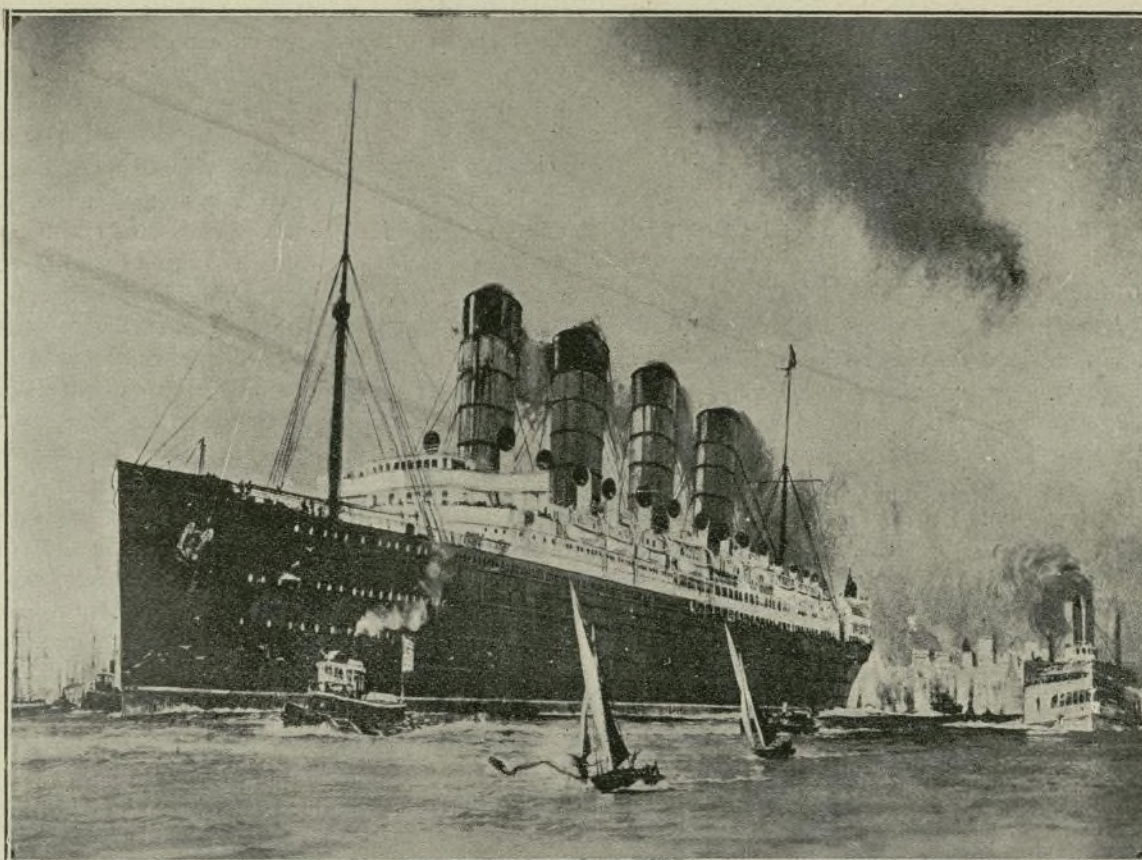
El príncipe Leopoldo de Baviera, en Varsovia



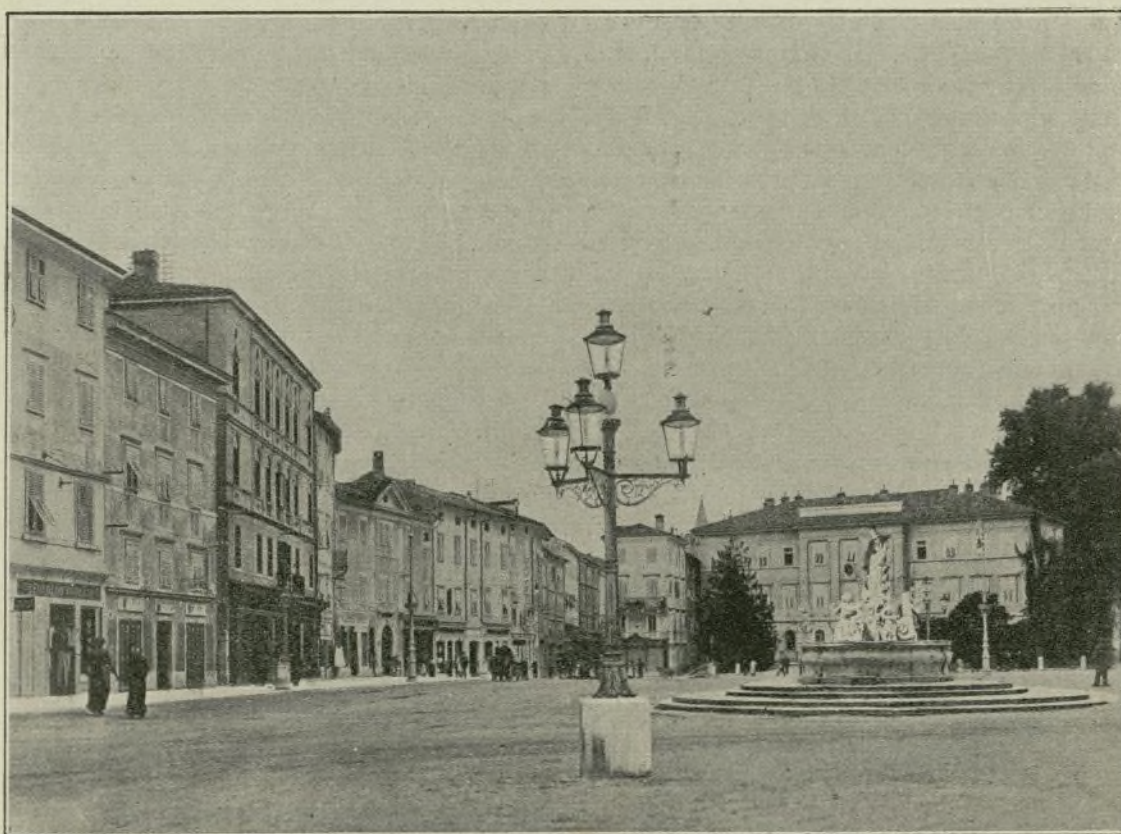
Columna de abastecimiento turca en Gallípoli, a lomo de camello

Ayuntamiento de Madrid





El gran trasatlántico «Lusitania» echado a pique por un submarino alemán



La plaza principal de Gorizia

Ayuntamiento de Madrid



ron; si así hubiese sucedido, apenas se habría salvado nadie.

E. ASHMEAD BATLETT

(De *The Times*).

## LA CARGA DE CABALLERIA

### de los cazadores africanos el 19 de agosto 1914

(UN RECUERDO)

Después de terminada la batalla que se riñó cerca de Mulhausen, los alemanes retiraron la mayor parte de las fuerzas que habían opuesto para contener la invasión francesa. Las tropas de línea y las fuerzas activas tuvieron que dirigirse hacia el Norte, para cubrir el ala izquierda del ejército mandado por el príncipe heredero de Baviera; la *Landwehr* (reserva), quedó atrás sin ningún refuerzo. Unos cuantos, muy pocos, regimientos de la *Landwehr*, estuvieron, durante varios días, haciendo frente a todo un cuerpo de ejército francés, reforzado por una división. Los franceses abrigaban el convencimiento de que tenían delante a las fuerzas que habían vencido en la batalla, y obraban con notoria prudencia, no exenta de entereza. Dividieron toda la línea en ángulos reforzados, y establecieron una cadena de puestos avanzados. Patrullas a pie, a caballo y en bicicleta, circularon por todos lados y sin interrupción. Decididamente, los franceses no lograron levantar la punta del velo que ocultaba las fuerzas alemanas.

En el frente que se extiende desde Pflirt hasta el Sur de Mulhausen, los alemanes no contaban más que con tres regimientos de *Landwehr*, unos doce mil hombres de infantería. A estas tropas se sumaban algunas fuerzas muy débiles de artillería y caballería. En caso de que las circunstancias fueran desfavorables, entraba en los planes de la dirección del ejército, el retirarse a la orilla derecha del Rhin, bajo la protección de la cabeza de puente, y no dejar en Alsacia más fuerzas que las estrictamente necesarias. En consecuencia se dió la orden de que la línea establecida en Alsacia se defendiera todo lo posible. Esa orden fué plena y voluntariamente cumplida por los soldados alemanes. Durante días enteros, aquellas débiles fuerzas contuvieron el empuje del enemigo, cuya superioridad numérica era desproporcionada, haciendo muy lento el avance en toda la línea.

Los alemanes llevaron su resistencia hasta el último grado, antes de emprender la retirada. Nunca, por larga que sea mi vida, olvidaré los acontecimientos que tuve ocasión de presenciar en las cercanías de Helfrantskirch. Por delante de mí desfilaron un veterinario, algunos sanitarios y el escaso personal que quedaba de servicio en las baterías, acompañando a las piezas que se encontraban aún en estado de ser transportadas, y cuyos desperfectos podían ser reparables. Dos cañones habían tenido que dejar atrás sus correspondientes arzones hechos pedazos y pudieron salvarse retirándolos oportunamente del fuego y atándolos a la trasera del carro de un campesino. Como los caballos no bastaban para arrastrar este enorme peso, cuatro bueyes empujaban a retaguardia los mencionados cañones. Aun cuando

fuera valiéndose de medios tan penosos, siempre se han defendido nuestras piezas de artillería, por muy deterioradas que estuviesen, impidiendo el que cayeran en manos del enemigo. Por el cuadro que he intentado trazar, puede comprenderse con facilidad lo débil que ha sido siempre nuestra existencia en Alsacia.

Un batallón de la reserva alemana, que junto con su regimiento llevaba varios días combatiendo a los franceses, recibió (el día 19 de agosto) la orden de avanzar atacando contra *Tagsdorf*. Todo el personal de la *Landwehr* llevaba varios días combatiendo en la línea de fuego sin el menor descanso, pues carecía de reservas que pudieran substituirle. La fortaleza de *Ilstein*, junto a la entrada del puente del Rhin, eran los primeros refuerzos con que podían contar. Si los franceses no hubieran estado tan firmemente convencidos de que tenían enfrente un importante núcleo de fuerzas, hubieran podido, por medio de un violento choque, rechazar la *Landwehr* alemana, hasta las mismas orillas del Rhin.

El batallón de la reserva ya mencionado, emprendió la marcha con denuedo. A la cabeza iba una sección, a derecha e izquierda avanzaban los ciclistas y algunas fuerzas de caballería para proteger los flancos. El grueso de la poco numerosa tropa marchaba en compactas filas. Al acercarse a Helfrantskirch la vanguardia entró en fuego. La sección que la formaba tomó en seguida posiciones, dió parte a las fuerzas que le seguían y pronto empezó a cambiarse un vivísimo fuego entre ambos beligerantes. Una de las compañías pertenecientes al batallón, y colocada en la parte Sur, tuvo la suerte de poder cambiar de posición sin que el enemigo se diera cuenta de ello, e inició el fuego contra el flanco. Los franceses sorprendidos se apresuraron a retirar sus fuertes avanzadas. Fuerzas de infantería y de cazadores tomaron parte en esta lucha que aunque breve no careció de importancia, por las pérdidas relativamente numerosas del enemigo, que se retiró precipitadamente sin recoger sus heridos. En el acto se presentaron en el campo de batalla las ambulancias alemanas, y en breve espacio de tiempo los coches transportaban hacia el Rhin más de cien heridos. Las pérdidas sufridas por nuestro batallón fueron insignificantes, sólo algunos heridos; pero los franceses, por consecuencia del inesperado fuego por el flanco, tuvieron bastantes muertos.

Sin pérdida de momento, parte del batallón prosiguió la persecución de los franceses hacia *Tagsdorf*. Las compañías avanzaban presentando un frente lo más extenso posible, y dejando solamente una de reserva; así llegaron hasta traspasar la línea. La vanguardia avanzó hacia el N. O. lentamente y con precaución, mientras que en el inmediato bosque, el grueso de las fuerzas hacía alto para descansar. Pocas horas habían transcurrido cuando llegó el aviso, dado por los que iban delante, de que los franceses, al parecer con numerosos refuerzos y artillería, habían tomado posiciones en la parte oriental de *Tagsdorf*. En seguida se puso en movimiento la tropa, tomando la dirección indicada. Todas las desigualdades del terreno fueron aprovechadas para resguardar las fuerzas. Línea tras línea fueron saliendo los soldados del lugar que les había servido de refugio. Pronto empezaron a retumbar sin interrupción los



cañonazos. Con extraordinaria rapidez se apoderaron los alemanes de una trinchera, que les sirvió de temporal protección. Pero cuanto más extendían los alemanes su línea debilitándola hasta el punto de que ya casi no había hombres para cubrirla, tanto más multiplicábase el número de trincheras francesas, que parecían surgir del centro de la tierra. La última compañía de los alemanes, la que estaba destinada a la reserva, desde el principio del combate se vió obligada a tomar posiciones y a desplegarse, junto a un bosquecillo inmediato. Apenas habían salido los últimos hombres de entre la espesura, cuando empezó una terrible lluvia de metralla que enviaba la artillería francesa. Un *shrapnell* tras otro destrozaron los árboles del bosquecillo.

Los alemanes, a pesar de toda su bravura, no podían avanzar. Tampoco los franceses progresaban y el combate estaba indeciso. Poco a poco el fuego de fusilería fué calmándose, ya no era tan nutrido como antes. Por el contrario, las baterías francesas asestaban sus fuegos contra las trincheras alemanas con redoblado ahínco, pero durante el mismo combate se habían construido parapetos que neutralizaban mucho la acción de los *shrapnells*. Sin duda fundándose en la moderación con que los alemanes hacían fuego, concibieron los franceses la idea de que la línea enemiga estaba quebrantada y próxima al aniquilamiento. Sólo esta razón puede explicar lo que después sucedió. Probablemente la *caballería francesa* creyó llegado el momento de romper la línea alemana por medio de una violenta carga. De repente apareció detrás de una colina una columna de caballería compuesta por unos setecientos u ochocientos hombres; eran *cazadores africanos*. Por nuestra parte se calmó aún más el fuego. Por las trincheras alemanas circuló la orden de suspender el fuego, pues era evidente que los franceses intentaban dar una carga de caballería, y de hombre a hombre, en toda nuestra línea, fué repitiéndose la consigna: «Apuntad con exactitud, tirad con tranquilidad; primero al caballo, después al jinete». A cada sección se le señaló un distinto campo de acción. También las ametralladoras se prepararon para el ataque. Pero el fuego sólo debía romperse cuando el enemigo estuviera a trescientos o cuatrocientos metros.

Nuestros soldados, tranquilos con el consciente sentimiento de su seguridad, levantaron los fusiles y esperaron con calma. Apenas las órdenes del jefe habían sido cumplidas, cuando retembló el suelo bajo las veloces herraduras de los caballos. Ya se oía el choque de las armas de los jinetes y sus gritos hendían los aires; era uno de esos momentos en los que la tensión nerviosa llega a su período álgido. ¡*Vive la France!* se oía repetir constantemente, sobresaliendo este grito del caos de ruido y movimiento que envolvía a los cazadores en su velocísima carrera. Los jinetes se aproximaban por momentos; a cada instante se percibía con mayor claridad el chocar de las herraduras contra el suelo, y eran más vibrantes los gritos del enemigo. Pero la misma salvaje violencia de la carga, hizo que se descompusie-

ran las filas, y que los jinetes no atacaran grupa con grupa. De todos modos aquella masa que avanzaba a galope tendido, aunque descompuesta, no dejaba de presentar un aspecto aterrador, y sin embargo por parte de los alemanes no salió ni un solo tiro. No ha existido ninguna tropa, por escogida que fuese, que haya podido hacer gala de una disciplina tan perfecta. Sólo cuando el enemigo llegó a unos cuatrocientos metros de distancia, las ametralladoras, dirigidas unas a los flancos y otras al centro de la caballería, empezaron a dejar oír su siniestro martilleo, y las máquinas de guerra dieron comienzo a un destructor fuego que fué a caer sobre aquella compacta masa de caballería. Esta, lejos de detenerse, continuó avanzando si es posible con más rapidez, blandiendo los desnudos sables por encima de sus cabezas. Su salvaje griterío era verdaderamente ensordecedor. Entonces empezó el fuego de infantería. Obedeciendo las órdenes dadas, un tiro seguía a otro con matemática exactitud. Nada de fuego precipitado; en toda la línea se desarrolló un fuego seguro que siempre hacía blanco. El resultado fué espantoso. La lucha por medio del fuego duró pocos minutos y después... todo había concluido. Los jinetes, altivos y bizarros pocos momentos antes, estaban convertidos en una masa informe. Los primeros eslabones de aquella viviente cadena cayeron bajo el plomo despiadado; los caballos después de levantarse de manos, mordieron el polvo para siempre; los jinetes que venían detrás, no pudieron detener su veloz galope y a su vez fueron cayendo. Tal fué la carga de caballería de la muerte. Sobre el caballo caído tropezaba y caía el siguiente. Vibrantes relinchos, broncos resoplidos y estertores de agonía resonaban en todo el campo de batalla. Los caballos caídos se levantaban pateando a los que tenían debajo, y volvían a caer con el tetánico temblor de la muerte; otros se desplomaban y después de cocear con furor salvaje, permanecían inmóviles. Aquí y allí se levantaba algún hombre, que inmediatamente volvía a caer. Y sobre este horroroso caos, continuaba cayendo el mismo fuego lento, preciso, y despiadado, hasta que se extinguieron los últimos vestigios de vida.

Ningún jinete pudo salvarse volviendo grupos. Se habían acercado con sobrada imprudencia al fuego enemigo. Sólo así puede concebirse, que aquellos brillantes escuadrones que a galope tendido venían a dar una formidable carga, se convirtieran rápidamente en aquel espantoso montón de carne despedazada. Veintisiete hombres, los únicos supervivientes de aquella terrible carga, se agruparon y todavía intentaron defenderse hasta lo último, pero cuando vieron que media sección de infantería avanzaba contra ellos, comprendieron que toda resistencia era inútil y se entregaron prisioneros. Todos los demás yacían sobre el campo, heridos o muertos.

Esto sucedió el día antes de que los franceses comprendieran que sólo tenían delante débiles fuerzas alemanas, y de que empezaran su lento avance para ocupar Mulhausen por segunda vez.

HERMANN KURZ



## CRÓNICA MILITAR

I. La organización alemana.—II. El término del reinado de las armas de fuego —III. La campaña en Serbia. —IV La situación el 13 de noviembre

### I.—La organización alemana

Se atribuyeron los desastres y retirada de los rusos a la escasez de municiones, lugar común antes explotado en Inglaterra y Francia, cuando era evidente, y lo demostré oportunamente, que no existía tal carencia; lo que faltaba a los rusos y les sigue faltando es artillería en cantidad bastante para el ejército de primera línea, y fusiles para armar totalmente las primeras reservas, deficiencia debida a las pérdidas padecidas en el primer año de la guerra. Ciertamente es que se apeló a los grandes industriales del país, para que contribuyeran a la fabricación de municiones y proyectiles, pero los resultados de este esfuerzo han sido menos que medianos, y, aunque se hubiera llegado al grado de desenvolvimiento rápidamente alcanzado en Inglaterra, la nueva producción hubiese sido insuficiente a llenar las necesidades de la actual contraofensiva; porque hace dos meses que los rusos luchan enérgicamente en todo el frente y derrochan las municiones sin tasa ni medida.

Si dispusieran del material de guerra proporcionado a los efectivos de su ejército, la crisis del municionamiento habría ya llegado a un punto agudo; mas como el material es escaso, la dotación basta ampliamente para el servicio.

Lo cierto es que lo mismo Inglaterra, que Francia y Rusia han tenido que imitar en este asunto, como en tantos otros, el ejemplo de Alemania.

El imperio alemán es el único que se preparó y organizó, desde el tiempo de paz, para sostener la lucha con sus poderosos vecinos. Francia y Rusia no se quedaron atrás en lo que concernía al ejército propiamente dicho. Los preparativos militares de Francia eran tanto o más completos que los de su rival, pero se ceñían a las tropas activas y no abrazaban el vasto y necesario campo de los recursos nacionales, por no haber comprendido bien la significación y alcance del servicio obligatorio, del principio de «la nación en armas», ideado y aplicado por Prusia a raíz de la limitación de armamentos que le impuso Napoleón.

Por la nación en armas se entendía, antes de 1870, la presencia en las filas del ejército de todos los hombres aptos para tomar las armas. En aquella ocasión, Prusia, a la cabeza, y los demás Estados alemanes, en segundo término, demostraron que, sobre observar con fidelidad no bien imitada más allá de sus fronteras aquel principio, habían organizado y dispuesto para la guerra los recursos oficiales, del Estado, y los servicios públicos. Menester fue que el resto de Europa entrase en el mismo camino, juzgado desde aquel punto insuficiente por Alemania, a quien la guerra había enseñado que en el futuro conflicto sería toda la nación, y no simplemente el ejército quien hubiera de soportar el choque con el enemigo. Este pensamiento previsor, que se conoce propiamente por organización alemana, ha sido la mayor sorpresa de la presente guerra,

porque los demás países estaban en el punto de donde partió Alemania para seguir marchando, en 1870.

No puede ya bastarse el ejército a sí mismo, dada la voracidad de las armas modernas y su número; y porque la guerra requiere el concurso de todos los elementos de transporte y de tiro, mecánicos y de sangre, de todas las industrias, de todo, en una palabra, de cuanto integra las actividades y energías de la nación.

No bastarían todos los recursos del presupuesto más exagerado para dotar al ejército de los múltiples y variados elementos que ha de utilizar en la guerra, y si ésta se prolongara—como ha acontecido con la presente,—se llegaría de todos modos a un agotamiento que no habría manera de evitar. En lugar de perseguir semejante utopía, Alemania ha basado directamente su potencia militar en su potencia nacional, con lo cual ha conseguido otras dos finalidades: protegiendo a la industria privada, a la que se entregan anualmente sumas inmensas en concepto de abastecimientos militares, una gran parte del dinero del presupuesto se invierte en el fomento y desarrollo del trabajo nacional, al que se pone en condiciones de surtir al extranjero, los gastos vuelven al país, y se establece automáticamente una rotación económica en el interior, sin pérdidas ni mermas fuera del Imperio; y como las sumas que la nación gasta en atenciones militares vuelven a ella bien encauzadas, es decir, del modo adecuado para que la industria propia pueda competir con la ajena en los mercados extranjeros, el país se siente íntimamente compenetrado con su ejército, que viene a ser el mecanismo regulador del imperio, en el triple concepto moral, mental y material. Recuérdese el caso extraordinario de la improvisación de la marina de guerra alemana por el Kaiser y von Tirpitz, contra el parecer público: el sacrificio económico fué duro, pero detrás de los acorazados y cruceros surgió una flota mercante, asombro del mundo, y hoy los astilleros alemanes sólo tienen en los ingleses quien les supere.

Los armamentos, las municiones, los vehículos, los mil artefactos, útiles, instrumentos, medios y aparatos que han de emplearse en la guerra moderna, deben ser de fabricación nacional y no militar. Corresponde al Estado encauzar, guiar, dirigir, las iniciativas privadas; protegerlas, luego, si lo merecen; si no existen, hacer que se creen, por la esperanza de obtener un buen rendimiento; y limitarse a disponer de los medios de análisis, recepción y prueba más indicados para que no padezca ni se altere la bondad de los productos que contrata.

Esta labor, que si interesa al ejército no es menos conveniente para la industria nacional y para las fuentes de vida del país, ha de ser lenta, pero perseverante y sostenida, y regida con mano firme y orientación rectilínea. Las fábricas y talleres militares han de ser los centros de donde irradian y se difundan las enseñanzas, y las que más ahinco deben poner en que prosperen las industrias particu-



res de la misma índole. Según esto, no se concibe ya una institución militar exclusivista que funcione aparte del resto de la nación, al contrario, ha de verse en ella el mayor protector del trabajo nacional, y ello es lógico, porque si ha de ser el escudo que resguarde de los ataques extranjeros ¿cómo en la paz, cuando las circunstancias son llanas, no ha de inspirarse en el mismo principio protector, traducido aquí en lo económico?

La nación, a su vez, ha de comprender que quien menos padece con la derrota es el ejército; la muerte y las desgracias se cebarán en éste, es verdad, pero las estocadas más siniestras se dirigirán contra la existencia del país, para ponerlo en condiciones de inferioridad, paralizar su desenvolvimiento, lesionar la integridad de su territorio, condenarlo, en fin, a

cuyos movimientos acompañan; calibres monstruosos, superiores a los de la marina, han dejado atrás las esperanzas de los más optimistas; se han aumentado las cargas explosivas y su viveza, el peso de metal, y los proyectiles tienden a producir los efectos de torpedos. Al mismo tiempo, el tiro rápido, substituyendo al tiro acelerado, permite lanzar verdaderas trombas de acero en pocos minutos; y la perfección de los telémetros y aparatos de puntería da al tiro una precisión punto menos que matemática. Todo ello es obra de los adelantos y perfeccionamientos de la metalurgia, de la química y de la industria en general.

No se ha llegado al límite en esta materia. Antes de veinte años, los cañones de hoy serán juguetes, comparados con los de mañana; se duplicarán los



Campo de batalla, cerca de Varsovia, el día de la retirada rusa

la pérdida de su independencia económica, industrial, agrícola..., a la muerte lenta, por consunción.

De donde se infiere, que si el ejército ha de marchar hacia el país, éste debe apresurarse a caminar al encuentro del primero y estrechar las distancias entre los dos, porque ambos son una y misma cosa. Tal es la síntesis de la renombrada organización alemana.

## II.—El término del reinado de las armas de fuego

En los nueve años transcurridos desde que terminó la guerra ruso-japonesa hasta que comenzó la actual, la artillería ha hecho prodigiosos progresos: piezas que en fecha aún reciente se consideraban de sitio y formaban parte de los más pesados trenes de batir, se han incorporado al ejército de operaciones

alcances, se triplicará o cuadruplicará la potencia del proyectil; el tiro será más preciso; el servicio de la pieza se ejecutará automáticamente, en gran parte, y lo mismo el municionamiento. A estos progresos seguirán otros y otros.... La consecuencia natural parece ser la siguiente: la presente guerra va a ser el punto de partida de un perfeccionamiento, vertiginoso e indefinido, de la artillería, y la masa del ejército tendrá que dedicarse al manejo de los cañones y ametralladoras, en la línea de batalla, y al transporte de municiones, a retaguardia de ella.

Si se ahonda un poco más en el examen de lo que está aconteciendo y en sus naturales derivaciones, la conclusión a que se llega es diametralmente opuesta: la guerra presente señala el término del predominio de las armas de fuego, lo mismo cañones que fusiles, el reinado de la pólvora está próximo al ocaso; no desaparecerá por ahora, tal vez nunca, el uso de las armas que arrojan proyectiles



valiéndose de la explosión de una substancia, pero ya no serán esos artefactos los elementos de ofensa casi únicos, ni se sujetarán a ellos los reglamentos tácticos, los métodos de combate, la composición y la organización de los ejércitos. Viene rápidamente, a paso acelerado, una evolución, una profunda transformación, para la que conviene prepararse, prescindiendo de las pseudo-enseñanzas de la guerra, que tienen mucho de ilusorias, tan engañosas como seductoras.

El arma de fuego es una máquina insaciable; devora fabulosas cantidades de proyectiles, y sólo a este precio es útil su efecto y eficaz su intervención en el combate. En un siglo, los efectivos de los ejércitos se han decuplicado, y ello exige que se centuple la acción de las armas; como simultáneamente crecen, y crecerán más todavía, los medios de protección, los ofensivos, pese a sus extraordinarios adelantos, pronto serán insuficientes, y habrá de darse otro salto adelante.

Pero, ¿de dónde sacar los incontables montones de proyectiles, de todas clases y tamaños; dónde encontrar suficientes masas de metales, cómo arrebatarlas en la paz a la industria civil, cómo hacer frente a las necesidades de la guerra sino teniéndolas atendidas desde el tiempo de paz, y cómo dedicar a esta labor casi toda la industria metalúrgica del país?

Hemos presenciado recientemente la crisis que padecieron Inglaterra y Rusia por falta de municiones en número suficiente. Millares de establecimientos fabriles en la Gran Bretaña están dedicados a construir proyectiles; un esfuerzo parecido se está desarrollando en los demás países beligerantes, sin conseguir más que dar abasto a las necesidades inmediatas. Las existencias se agotan enseguida, y las naciones están pendientes de esa intensa fabricación; si se interrumpe o paraliza, amenaza la derrota. Aun así, es casi seguro que ninguno de los beligerantes podría, por falta de municiones, sostener una campaña activa de tres meses de operaciones incesantes, en las que interviniera el grueso del ejército. Alemania, que era la nación mejor preparada, tuvo que hacer frente, al comenzar la guerra, a enemigos mucho más numerosos y provistos de las municiones indispensables, por lo que hubo de transcurrir algún tiempo antes de que aquella ventaja en la preparación surtiera sus efectos. Pero para la próxima guerra nadie querrá estar desprevenido, y todos se dedicarán a construir y almacenar proyectiles, cartuchos y pólvoras en cantidades colosales; no bastando las fábricas del Estado, militares o no, se tendrá que recurrir—como ahora se ha hecho—a la industria civil, sin esperar el comienzo de la guerra, no pudiéndose abrigar, con todo, la certeza de disponer de municiones bastantes, toda vez que dentro de diez o veinte años, las armas de fuego consumirán tres o cuatro veces más proyectiles que ahora. ¿Está ningún país en disposición de dedicar sus actividades a construir esos elementos de guerra? Los recursos del Erario más desahogado serán pocos; y, además, la merma que en primeras materias, en máquinas y en brazos, sufran las industrias generales, por el incremento que habrá de darse a las de guerra, engendrará un doble desequilibrio: económico e industrial. No es posible interrumpir el desenvolvimiento normal de las energías de un pueblo, por

atender a eventualidades más o menos remotas, ni tampoco cabe prescindir del peligro de la guerra, porque ello equivaldría a comprometer la seguridad nacional y resignarse a todas las desventuras. ¡Dilema tristísimo, de consecuencias igualmente desconsoladoras en cualquier sentido que se resuelva!

En otro concepto, la mayor rapidez de tiro y el aumento de calibres, complican los servicios de municionamiento: se requieren más elementos de transporte y más veloces; más hombres estarán empleados en las líneas de retaguardia; y pendiente el ejército del cordón, siempre delicado, que le une con sus bases y con el interior del país, la libertad de maniobra distará mucho de estar asegurada.

Abrazando la cuestión desde un punto de vista general, la guerra se ha engrandecido tanto que ya no es el ejército exclusivamente quien la hace, sino toda la nación, o por lo menos todas las llamadas fuerzas vivas; de suerte que, si no cambia esta orientación, será menester que se prepare para la guerra el país en masa, y esto se compagina difícilmente con la vida normal de paz. Por fortuna no será menester llegar a estos extremos; habrá que organizar, es indudable, con vistas a la guerra, los elementos activos del país, pero con ventaja para ellos mismos en el campo industrial, dentro de la capacidad del presupuesto, y de su existencia, el día que se rompan las hostilidades. Ese término medio, único posible, está reñido con los instrumentos de combate actuales, susceptibles de un perfeccionamiento cuyo término nadie puede vislumbrar.

La química y la electricidad, que han hecho ya su aparición en los campos de batalla de nuestro tiempo, son las armas del porvenir. La atención de los hombres de ciencia de las naciones beligerantes se ha apartado de los proyectiles fundados en los efectos de explosión, para concentrarse en mezclas y combinaciones químicas, a las que se abren amplios horizontes, sobre todo si se las asocia la electricidad. Entonces, los aviones y dirigibles adquirirán su plena eficacia, que hoy les niega el peso del proyectil. Las ondas herzianas no han sido aún aplicadas como armas, pero no tardarán en serlo. En suma, vamos a caminar resueltamente en busca de nuevos medios de destrucción, y a ellos habrán de acomodarse los ejércitos en su composición y métodos tácticos.

De donde se infiere, que no debemos apresurarnos a sacar enseñanzas de esta guerra, reduciéndolas a la eficacia de las armas hoy conocidas; la transformación va a ser mucho más honda, y el ejército ha de disponerse a afrontarla; nada mejor, con este objeto, que movilizar su espíritu, despertar sus energías morales y aproximarle al resto de sus conciudadanos.

### III.—La campaña en Serbia

Metódicamente, sin prisas, pero también sin retrasos, desenvuelven los invasores su campaña contra Serbia. Resistió ésta en los primeros días con su bravura legendaria, mas no tardó en dar señales de debilidad y desaliento. Las tropas serbias que ahora se baten, no parecen las mismas que sostuvieron una vigorosa campaña contra Austria desde agosto a diciembre de 1914. Realmente ¿ha cambiado la moral de aquel ejército?



Recuérdese que, agobiada Austria en agosto de 1914, por el empuje de un ejército ruso muy superior en número, hubo de retirar parte de las fuerzas que había enviado contra Serbia, lo cual facilitó las operaciones del pequeño adversario; no obstante, cuantas tentativas de invasión de la Bosnia llevaron a cabo los serbios, fueron rechazadas por los contingentes austriacos de vigilancia, pese a la debilidad de sus efectivos. En noviembre, derrotados los rusos en Polonia y arrojados de los Cárpatos, mejoró la situación de Austria, y pudo enviarse un ejército contra Serbia. La invasión de ésta se efectuó de un modo notabilísimo en el concepto estratégico, pero se cometió la falta de no tenerse en cuenta la naturaleza del terreno, ni asegurar los servicios de retaguardia; el hambre no tardó en hacerse sentir, y los cuerpos austriacos más avanzados se desbandaron, imponiéndose la retirada general; los serbios no hicieron más que recoger los frutos de la torpeza del adversario, al que molestaron y persiguieron durante su retroceso.

En aquel período, se patentizó que el ejército serbio, por escasez de material y por su falta de preparación para una guerra en grande escala, no se encontraba en condiciones para resistir el ataque de un poderoso ejército enemigo. Muy muchos los serbios en guerras irregulares y de montaña, sus victorias contra los turcos se debieron, más que al mérito de las combinaciones propias, al deplorable estado en que se encontraba el ejército otomano de Macedonia, y a las torpezas de los generales que lo mandaban, con la excepción de Dyavid Bajá. Pero, en compensación, su capacidad de resistencia, en una guerra defensiva, nadie la ponía en duda.

Las campañas de 1912 y 1913 arrebataron a los serbios muchos millares de buenos soldados y no pocos oficiales distinguidos; la de 1914 acreció estas causas de debilidad, y antes de que terminara, una cruel epidemia diezmoó el ejército y asoló todo el país. El efectivo combatiente, en septiembre de 1915, seguramente era poco más de la mitad del alcanzado en 1912.

La cuestión del material perjudicó mucho a los serbios. Dependientes del extranjero, los aliados le enviaron el necesario, en los primeros meses, aunque la calidad dejó a menudo que desear. Pero la marcha de la guerra encendió nuevas preocupaciones en Rusia, Inglaterra y Francia, y Serbia quedó punto menos que olvidada; pareció que no volvería a figurar en la guerra.

Con estos antecedentes, tan desventajosos para el pequeño reino, comenzó la invasión dirigida por Mackensen. A los pocos días, el ataque de los búlgaros, contra el flanco y las comunicaciones de los serbios, dispó a éstos las esperanzas de resistir; abrigaron todavía las dimanantes del auxilio armado de los aliados, pero se han frustrado también. Los austro-alemanes, aleccionados por lo acontecido en diciembre del año pasado, prepararon minuciosa y detenidamente la campaña y no dieron un solo paso sin contar con la seguridad de estar bien abastecidos y sin la certeza de ser una realidad el enlace entre las diversas columnas, y entre éstas y sus reservas. Casi agotados, con artillería escasa y de calibres impotentes contra los de la pesada austro-alemana, con sus comunicaciones con Grecia cortadas desde los

primeros días, y acometidos por tropas aguerridas y victoriosas sobre enemigos bastante más temibles, los serbios sólo pudieron oponerse directamente a los ataques del invasor; pero como éste maniobró de acuerdo con los búlgaros, abrió la campaña con un doble movimiento envolvente, y no incurrió en los errores que esperaba tal vez el defensor, quedó sellada la suerte de los serbios. Derrotados un día y otro, expulsados a viva fuerza de su país, y arrojados a otro donde los sentimientos de los habitantes les son hostiles, es admirable la resistencia que aún oponen los serbios.

Innegable es que cunde la desmoralización en sus filas, pero el grueso de las tropas lucha aún, y no se rinde, a pesar de que las circunstancias no les pueden ser más adversas. Pocos casos se han dado de una tenacidad semejante; la guerra en país propio, aunque se reduzca a la de partidarios y guerrillas, se comprende, por abrumador que sea el número de los invasores; pero ya no es tan frecuente el caso de un ejército que se retira, abandona su suelo, y retrocede hacia un país enemigo, pobre y esquilado, sin pensar en rendirse. Materialmente, los serbios han sido deshechos; moralmente, su energía es insuperable y pocos pueblos podrían presentar un ejemplo igual. El mayor peligro para ellos, y se cierne ya tanto sobre la Macedonia serbia como sobre Montenegro, es que se les agoten los abastecimientos. El remedio no lo esperan ya de las fronteras griegas, sino del litoral de Montenegro y el N. de Albania.

Los invasores, por su parte, no descuidan ninguna medida de previsión. No se propusieron como objetivo la derrota del ejército serbio, sino algo mucho más decisivo, aunque más lento de alcanzar. Aunque el grueso hubiese sido derrotado, numerosas bandas, prevaleciendo de su conocimiento del país, hubieran molestado las comunicaciones del invasor, ejecutado golpes de mano y obligado a éste a mantenerse en continua alerta y repartir las tropas en todo el territorio. Previendo este plan de los serbios, Mackensen se propuso desde el primer día barrer a los serbios, echarlos fuera de su territorio, ocupar y dominar en absoluto el país, para que todo él constituyera una amplia zona de enlace y paso de Austria a Turquía. Acabando con Serbia, se resolvía indirectamente el problema de Rumanía y Grecia, y se ponían los imperios centrales en condiciones de operar en Gallípoli y el Asia Menor.

Los eternos alzamientos de los albaneses contribuyen a perjudicar a Serbia. Los albaneses del Alto Drin, en particular, que nunca soportaron con resignación la reciente dominación a que les sometió Serbia, pueden ser un grave obstáculo que se interponga entre la Macedonia y los aliados que acaso se decidan a desembarcar en el litoral de Albania. Es tan intrincada y montañosa esta región, que carece de buenos caminos, siendo escasos y tan malos los que hay, que una ofensiva de los aliados, partiendo del litoral que se extiende entre Dulcigno y Vallona, sería fácilmente contenida, y habrían de transcurrir bastantes meses antes de que llegaran a amenazar seriamente las comunicaciones entre Hungría y Bulgaria; entre tanto, los austro-alemanes, favorecidos por el envío a Albania de muchos miles de soldados



aliados, tendrían tiempo de rematar la campaña en Oriente.

No será ocioso recordar que tanto en Galizia como en Polonia, los austro-alemanes no invirtieron más de quince días en reparar por completo las vías férreas y ordinarias destruidas por los rusos; y que a las tres semanas de haber llegado a Pinsk, la circulación de trenes era más activa que en tiempo normal. Según esto, puede tenerse por cierto que las locomotoras siguen a las columnas invasoras de Serbia, á dos o tres jornadas; que se han tendido o están tendiendo vías nuevas, y que muy pronto un torrente de hombres y material se dirigirá desde los imperios centrales a Turquía, si ésta no envía antes algunos cuerpos de sus tropas a combatir contra los rusos o los franceses. La vieja Serbia está cortada por ríos muy caudalosos, cuyos valles se prestan a la construcción de caminos de todas clases; las únicas obras importantes que habrán de ejecutarse son algunos viaductos y puentes; trabajos en que los zapadores austro-alemanes han alcanzado una pericia asombrosa. Y sabido es que la abundancia de vías de comunicación facilita extraordinariamente la dominación del país; Serbia está a punto de someterse por completo, pero no su heroico ejército.

#### IV.—La situación el 13 de noviembre

Fracasada la enérgica ofensiva italiana en todo el frente, ha recobrado la guerra, en la frontera austriaca, el carácter indeciso que tenía antes. Se diría que ni los italianos ni los austriacos esperan que la decisión salga de aquel teatro, sino que la esperan de otros sectores, por lo que ambos están a la expectativa, sin querer comprometerse en una acción demasiado vigorosa.

Tampoco ha habido variaciones en el frente occidental, donde no sería extraño que los aliados emprendieran una nueva ofensiva. Debe de haber indicios de ella, toda vez que hay noticias de que los alemanes están preparando otra posición defensiva, a retaguardia de las que poseen.

En Rusia se ha paralizado la ofensiva alemana en la región del Duina, pero no se ha interrumpido la actividad de los rusos, que han obtenido algunas pequeñas ventajas al O. de Riga y de Dvinsk. Esa actitud de los moskovitas, sostenida durante dos meses, sin ventaja apreciable, es un hecho que merece ser examinado con más detenimiento. En el centro, los combates no han rebasado la categoría de escaramuzas entre las avanzadas; y en Volinia y Galizia se ha roto la contraofensiva rusa y tiende a restablecerse la calma, que es de creer no será de mucha duración.

Tampoco ha ocurrido nada digno de mención en el Cáucaso.

Mientras en los frentes oriental, occidental y meridional la guerra se desenvuelve lánguidamente, en Serbia se acentúan los avances combinados de los ejércitos invasores. Los austro-alemanes empujan a los serbios hacia el S., habiéndoles arrojado de casi todo el antiguo reino; en su retirada, los serbios abandonan cada día más material de guerra y dejan en manos de sus enemigos mayor número de prisioneros, síntomas de un principio de desmoralización que no hay que extrañar, porque lo sorprendente es que aquel ejército no se haya disuelto y que continúe peleando vigorosamente. Los ejércitos búlgaros del centro avanzan lentamente, sin mostrar prisa por cooperar en las acciones de los austro-alemanes; ello parece indicar que los invasores desean evitar una reacción desesperada de los serbios, que sin duda tendría lugar si se les acorralara entre dos fuegos, y se proponen destruir totalmente a las fuerzas militares de Serbia, llevándolas a una región montañosa y pobre—Montenegro,—para que la falta de municiones y víveres complete la obra de las armas.

Así parece indicarlo también el notable avance del ala izquierda búlgara, que se ha extendido en dirección a Prinren y efectúa una conversión hacia el S., sobre Monastir. De esta suerte, se comprende que los invasores, deseando poner término a la campaña con el mínimo de bajas, conciertan sus movimientos para obligar al adversario a una retirada incesante, que le conduzca a un territorio que será forzosamente la tumba de la heroica resistencia de los serbios. Fiar la conclusión de la campaña a una batalla decisiva, expondría a pérdidas de consideración y daría lugar a la formación de bandas de partidarios, restos del ejército derrotado. En resumen, la campaña contra Serbia se desenvuelve más estratégica que tácticamente.

Las tropas aliadas que desembarcaron en Salónica, libran combates con los búlgaros, sin que ni éstos, ni aquellas tengan deseos de ganar terreno. Es prematuro, en efecto, un ataque búlgaro contra los franco-ingleses, por estar el grueso de aquellos bastante más al N., y nada adelantarían los aliados derrotando a la extrema ala izquierda búlgara, porque el éxito les llevaría a tropezar con fuerzas mucho más importantes, a la vez que prolongaría su línea de comunicaciones. Mientras Grecia no defina con perfecta claridad su actitud, no es de suponer que los aliados se aventuren lejos de las fronteras de la Macedonia griega, exponiéndose a contratiempos cuya gravedad no se oculta a nadie.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

14 noviembre 1915.